

grandes árboles? Delante hay un tártaro sobre un caballo blanco, con la *therkeska* negra, detrás hay dos más. No se les podría mandar... si quisieseis?...

—Ved tres más que pasan por el otro lado,—añadió Antonov, que tenía un buen ojo, acercándose y escondiendo la pipa que fumaba detrás de su espalda.—Y el que va delante ha sacado la carabina de la funda; se ve muy bien, Su Señoría...

—Toma! Ha disparado. Ved el humo,—dijo Valentchuk que se hallaba entre un grupo de soldados, cerca de nosotros.

—El gran pillo apunta hacia aquí,—observó otro.

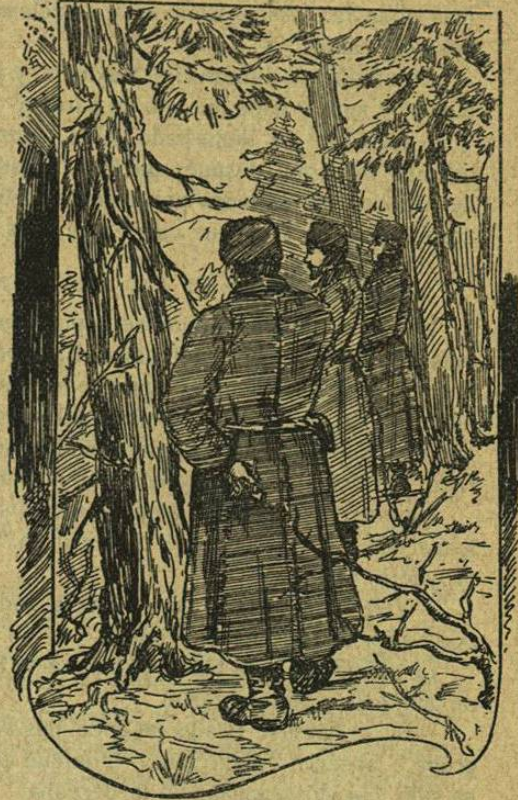
—Mirad, los que han salido del bosque estudian el terreno, quieren ocupar este sitio, plantar aquí el cañón,—añadió un tercero.—Si se les mandase un obús, como se refrescarían...

—Pero, crees tú que el obús llegaría?—preguntó Tchikin.

—Debe haber de quinientas á quinientas veinte *sagenas*,—dijo hablando para

sí el oficial, pero dejando ver sus ganas de probar el tiro.—Si tiramos con el cañón de cuarenta y cinco, sin duda que haremos blanco.

—Si en este momento hiciésemos fuego, de seguro que alguno caería. Mirad, ahora se han agrupado; os suplico que tiréis enseguida,—continuaba el jefe de la novena compañía.



V

El primer cañonazo

EL claro disco solar que se percibía á través de la blanca neblina se alzaba ya á bastante altura. El horizonte gris violado se ensanchaba poco á poco. A lo lejos estaba limitado por la blanquecina niebla, como si fuese una engañosa pared.

Ante nosotros, más allá del bosque talado, se abría una inmensa llanura. Por todos lados llenaba el espacio el humo de las hogueras, ya negro, ya blanco, ya lila; y el blanco tul de la niebla se levantaba también al espacio formando figuras estrambóticas. Más lejos, se veían aparecer de vez en cuando grupos de tártaros. Por intervalos se oían los disparos de las carabinas y del cañón.

Era un juego más bien que un combate, como decía el capitán Kalopov.

El comandante de la novena compañía de cazadores que formaba parte de nuestra encubierta, se aproximó á los cañones y designó á tres tártaros que pasaban á caballo en aquel momento por la falda del monte, á una distancia de seiscientas *sagenas*, y, con esa afición que generalmente tienen los oficiales de infantería al fuego de artillería, me pidió permiso para enviarles una bala de cañón ó un obús.

—Veis,—dijo con su sonrisa bonachona y persuasiva, extendiendo la mano por encima de mi hombro.—Veis aquellos dos

—Me permitís encarar la pieza?—preguntó de pronto Antonov con voz entrecortada y ademán de cólera.

Confieso que yo mismo lo deseaba. Dí orden de apuntar el segundo cañón. Aun no había acabado de hablar, cuando la espoleta del obús estaba colocada, introducido el obús y Antonov echado sobre el punto de mira y fijando sus dos gruesos dedos en la culata del cañón miraba á derecha é izquierda.

—Un poco á la izquierda!... ligeramente á derecha... un poco más, todavía... Así... Bien está,—exclamó con orgullo, apartándose del cañón.

El oficial de infantería, Maximov y yo fijamos la vista en el punto de mira y cada uno dió un parecer distinto.

—Juro que irá demasiado lejos,—observó Valentchuk, chasqueando la lengua, después que hubo mirado por encima del hombro de Antonov, no teniendo por lo tanto razón fundada para decir tal cosa.—Juro por Dios que caerá muy lejos; en donde está aquel árbol, hermanos míos.

—Fuego!—ordené.

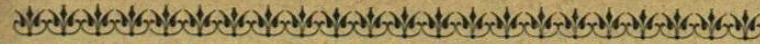
Los sirvientes del cañón se separaron, Antonov se puso á un lado para ver el vuelo del obús. El tubo se inflamó; resonó el bronce. Al mismo tiempo fuimos todos envueltos por el humo de la pólvora. En medio del retumbar del cañón se percibió un sonido metálico que siguiendo el volar del obús se alejó con la rapidez del rayo, perdiéndose en lontananza en medio del silencio general.

Un poco más allá del grupo enemigo se distinguió una blanca humareda. Los tártaros se dispersaron. Oímos la explosión del proyectil.

—Ved, bien está! Cómo se han largado! Ah! Esos diablos son poco aficionados á estas bromas.

La animación y la burla circulaba en las filas de los soldados de artillería y de infantería.

—Si se hubiese tirado un poco más bajo, cae en el centro del grupo,—observó Valentchuk.—Dije que caería junto al árbol y tal ha sido. Ha ido demasiado á la derecha.



VI

La frase del capitán Bolkhov

DEJANDO á los soldados hablando de cómo se habían largado los tártaros, para qué habían ido allí y si habría otros en el bosque, me alejé algunos pasos con el comandante de la novena compañía y me senté en un tronco, esperando las chuletas asadas que había encargado.

El jefe de la compañía, Bolkhov, era uno de estos oficiales que en los regimientos llaman *buena estrella*. Tenía dinero, había hecho su servicio en la guardia, hablaba bien el francés, los compañeros le apreciaban. Era bastante inteligente y tenía buen gusto para vestir al estilo de San Petersburgo, dar una excelente comida y hablar el francés sin zaherir á los oficiales que le rodeaban. Hablando del tiempo, de los incidentes militares, de los oficiales, de sus relaciones... con arreglo á las preguntas y respuestas que convenían á nuestras ideas, caímos involuntariamente en charlas íntimas. Además, en el Cáucaso, cuando se encuentran dos hombres del gran mundo, aunque no se exprese, se presume la pregunta: Por qué estáis aquí? Y á esta mi muda interrogación parecióme que mi interlocutor quería contestarme.

—Cuándo terminará la expedición?—me dijo en tono asaz indiferente.—Es un fastidio!...

—Yo no me aburro,—le contesté.—En el Estado Mayor se está peor todavía.

—Ah! En el Estado Mayor es diez mil veces más soso,—dijo con rabia.—No!... Cuándo acabaremos de una vez?

—Qué, deseáis terminar?—le pregunté.

—Todo, absolutamente todo!... Pero, esas chuletas no están, Nikolaiev?—gritó.

—Por qué habéis aceptado servir en el Cáucaso, si os desagrada?

—No lo sabéis?—respondió con resuelta franqueza.—Por tradición. En Rusia se cree que el Cáucaso es la tierra prometida para los desgraciados.

—Sí, es la verdad. La mayor parte de nosotros...

—Pero lo mejor del caso,—interrumpió,—es que todos los que venimos al Cáucaso por rutina, nos equivocamos horriblemente en nuestros cálculos. No comprendo por qué un amor infortunado ó el fracaso de un negocio, ha de obligarnos á servir en el Cáucaso, mejor que ir á Kazan ó á Kalonga. En Rusia todos se representan este país como una cosa magnífica, con hielos eternos, torrentes impetuosos, mujeres con pelo negrísimo y circasianos con enormes puñales... En todo esto hay algo realmente terrible; en realidad nada hay halagador. Si supieran que nunca vamos á los hielos vírgenes, que no es nada alegre vivir aquí y que el Cáucaso divide las provincias de Stavropol, Tiflis, etc...

—Ah! sí,—dije sonriendo.—En Rusia consideramos el Cáucaso muy diferente de lo que es. Bien os habrá ocurrido esto: Cuando se leen versos en una lengua que se conoce poco, uno se los imagina mucho mejores de lo que en realidad son.

—En verdad, no sé; pero el Cáucaso me disgusta.

—A mí el Cáucaso me parece bueno por ahora, de lo contrario...

—Puede que sea bueno,—prosiguió con cierta displicencia.—Yo lo que sé es que no estoy bien en el Cáucaso.

—Y eso, por qué?—pregunté por decir algo.

—Primero, porque me ha engañado. Según la tradición, yo vine aquí para distraerme y si bien lo he conseguido es con la diferencia de que antes me divertía en una escala grande y ahora en una escala mezquina... y sucia además, hallando en cada peldaño millones de molestias, de ruindades y de ofensas. Segundo, cada día me siento descender moralmente más abajo... y principalmente, me siento incapaz para este servicio. No puedo soportar los peligros... sencillamente, no soy valiente...

Se detuvo y me miró con seriedad.

Aunque esta confesión espontánea me sorprendió mucho, no le contradije como él deseaba; esperé que él mismo hiciera la objeción á sus palabras, como ocurre en semejantes ocasiones.

—Ya sabéis que es ésta la primera expedición y la primera acción militar en que me encuentro,—continuó;—y no puede usted figurarse lo que me ocurrió ayer. Cuando el subalterno me llevó la orden de que mi compañía era designada á formar parte de la columna, me puse blanco como una sábana; la emoción no me dejaba hablar. Si supierais la noche que he pasado! Si es verdad que el cabello se blanquea por el miedo, yo debía tenerlo hoy todo blanco, porque seguramente ningún condenado á muerte sufre tanto en una noche como yo he sufrido desde que estamos aquí. Ahora mismo, aunque me siento algo mejor que esta noche, ved como estoy,—añadió levantando la mano que le temblaba horrorosamente.—Y lo más terrible es que el drama se desarrolla por dentro, y hay que comer chuletas asadas con cebolla y decir luego que se está muy satisfecho... Hay vino, Nikolaiev?

—*El* es, hermanos míos!—gritó en aquel instante la voz emocionada de un soldado. Todos los ojos se volvieron hacia el límite del lejano bosque.

A lo lejos, llevada por el viento, se levantaba una creciente nube de humo azulado. Cuando me dí cuenta de que era un disparo del enemigo dirigido contra nosotros, todo lo que tenía ante mis ojos tomó de repente un aspecto nuevo, imponente. Los manojos de fusiles, el humo de las hogueras, el cielo azul, la hierba verde y la cara bronceada y vellosa de Nikolaiev, todo me decía claramente que el obús, que había surgido de aquella azulada nubecilla, volaba por el espacio y se dirigía probablemente derecho á mi corazón.

—Dónde habéis hallado ese vino?—pregunté con entonación negligente á Bolkhov, mientras en el interior de mi alma dos voces hablaban con la misma claridad; la una decía: «Señor, recibe mi alma en paz»; la otra: «Espero no agacharme y sonreír, cuando vuele por encima de nuestras cabezas el obús».

En aquel preciso momento pasó silbando por los aires algo sumamente desagradable. A dos pasos de nosotros estalló el proyectil.

—He ahí, si yo fuese un Napoleón ó un Federico, diría ciertamente alguna gran frase,—dijo en aquel momento Bolkhov, volviéndose hacia mí con mucha calma.

—Acabáis de decirla...—le respondí, procurando ocultar con esfuerzo la turbación producida en mí por el peligro pasado.

—Pero, qué importaría lo que yo dijese? Nadie lo traspasaría á las futuras edades.

—Yo, yo lo haré.

—Si vos lo hacéis será para criticarlo, como dice Mistchenkov, —añadió sonriendo.

—Loco maldito!—exclamó en este momento detrás de nosotros Antonov, escupiéndolo al suelo con gran coraje.—Poco ha faltado para que me cayese á los pies.

Todos nuestros esfuerzos para aparecer indiferentes, todas nuestras frases bien aderezadas me parecieron insoportables, huecas, horriblemente grotescas, después de esta ingenua exclamación.

VII

El primer herido

EL enemigo, en efecto, había colocado dos cañones en el sitio donde los tártaros se habían agrupado, y lanzaban, con intervalos de veinte á treinta minutos, un cañonazo sobre nuestros cortadores de árboles. Mi sección fué mandada llanura adelante y se le dió orden de contestar al enemigo. La humareda aparecía en la raya del bosque, se oía una detonación, un silbido y la bala caía delante ó detrás de nosotros. A pesar del continuo fuego del enemigo, sus proyectiles no hacían blanco jamás.

Los artilleros, como siempre, se portaban admirablemente. Cargaban con rapidez, apuntaban con cuidado por entre el humo y bromeaban entre ellos. La encubierta de infantería, inactiva, silenciosa, cerca de nosotros, esperaba su turno. Los cortadores de leña continuaban su faena, las hachas resonaban en el bosque cada vez más rápidas, pero cuando se oía el silbido de los proyectiles, todo quedaba un momento tranquilo. En medio del silencio de muerte, se oyó una voz ligeramente emocionada: «Tened cuidado, muchachos!» Todas las miradas se fijaron en la bala que había chocado con unos troncos y ramas cortadas.

La niebla ya estaba bastante alta y tomando la forma de las

nubes desaparecía poco á poco en el cielo de un azul oscuro. El sol brillaba con claridad y arrancaba alegres reflejos del acero de las bayonetas, del cobre de los cañones, de la tierra humedecida y del hielo blanquecino. En el aire se sentía la frescura del aura matinal y juntamente el calor de un sol de primavera. Millares de sombras y colores se combinaban en las secas hojas del bosque y se veían muy bien sobre la carretera llana y brillante las huellas de las ruedas y de las herraduras de los caballos.

Entre los soldados la agitación se hacía mayor y más sensible. De todas partes, el humo azulado de los disparos era más frecuente. Los dragones con sus brillantes lanzas marcharon adelante. En las compañías de infantería se oían canciones; el convoy de la leña comenzó á instalarse en la retaguardía. Un general se acercó á nuestra sección y dió orden de prepararse para la retirada. El enemigo situado en un breñal, frente á nuestro flanco izquierda, empezaba á inquietarnos seriamente con sus descargas. Del lado del bosque silbó una bala y vino á caer sobre la batería. Después una segunda... una tercera... La encubierta de infantería, que estaba cerca de nosotros, se levantó con gran ruido, tomó los fusiles y ocupó la línea. Los tiros aumentaban y las balas se multiplicaban cada vez más. La retirada comenzó y, como sucede siempre en el Cáucaso, entonces dió principio la verdadera batalla.

Se veía bien claramente que así como á los artilleros no les hacían gracia las balas de fusil, á los infantes no les chocaban los obuses. Antonov fruncía las cejas. Tchikin imitaba el silbido de los proyectiles, aunque tenía miedo de ellos. De unos decía: «Como corre!» de otros: «Ah!... ah!... la ovejita!» de otros: «Mira la huérfana!» refiriéndose á una bala que parecía revolotear por encima de nosotros. Estas palabras provocaron siempre risas generales.

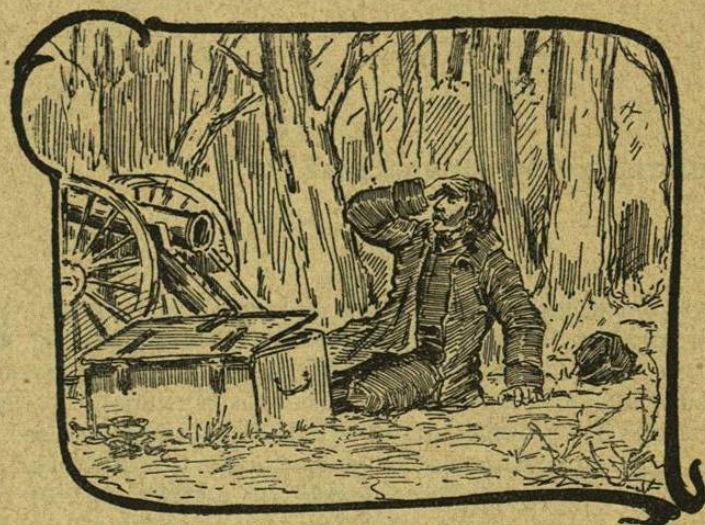
La falta de costumbre hizo que las bromas se reprodujeran, inclinando la cabeza y preservando el cuerpo á cada bala que asomaba contra nosotros. También esto divertía á los soldados: «Qué, saludas á tu novia?» decían. Aún Valentchuk, siempre indiferente ante el peligro, hallábase turbado. Manifestaba claramente su estado de irritación al ver que no se respondía con metralla á los disparos del enemigo. Muchas veces decía con voz descompasada: «Por qué permitimos esas salvas inútiles? Si contestáramos con metralla se tranquilizarían bien pronto».

En efecto; había llegado el momento crítico. Dí orden de disparar el último obús y de cargar con metralla.

—Metralla!—gritó Antonov rodeado de humo y aproximándose

al cañón con la escobilla en la mano, cuando hubimos hecho la primera descarga.

En aquel mismo instante oí detrás de mí el rumor rápido y seco de una bala que acababa de chocar probablemente contra algún cuerpo. Se me oprimió el corazón. «Alguno de los nuestros está herido», pensé, con miedo de volverme, bajo la influencia de vagos presentimientos. Así fué; á continuación del sonido, notóse la caída de un cuerpo pesado y el sollozo lastimero de un herido. «Ay, ay, ay... hermanos, me han herido!» decía con visible esfuerzo una



voz que bien pronto reconocí. Era Valentchuk. Había caído de espaldas entre el cañón y las ruedas. A un lado yacía el saco que llevaba. Su frente estaba bañada en sangre y del ojo derecho y de la nariz salíanle unos hilillos rojos. Había recibido una herida en el vientre, pero al caer se dió un golpe en la cabeza produciéndose otras lesiones. Todo esto lo supe más tarde. De momento no acerté á ver más que una cosa muy horrible y al parecer una extraordinaria cantidad de sangre.

Ninguno de los soldados que cargaban el cañón pronunció una palabra; sólo después, cuando se propaló la noticia, murmuró alguien esta frase: «De las heridas le mana mucha sangre». Antonov,

frunciendo el ceño, gruñó de cólera mientras se veía bien que la sombra de la muerte invadía el alma de cada uno de nosotros.

Con la mayor actividad pusieron todos manos á la obra. El cañón fué cargado en muy poco tiempo y el polvorista al dejar la metralleta dió media vuelta, dirigiéndose á donde, llorando y gimiendo todavía, se agitaba el herido.



VIII

El testamento de Valentchuk

TODOS cuantos tomaban parte en el combate hallábanse bajo la influencia de ese extraño sentimiento de horror, no lógico, pero fuerte, que produce el sitio donde un hombre ha caído muerto ó herido. Al primer impulso, mis soldados obedecieron visiblemente á ese sentimiento, cuando llegó el momento de coger á Valentchuk y transportarlo al coche de la ambulancia que avanzaba ya.

Muy descontento iba Idanov al aproximarse al herido, pero apesar de sus ensordecedores gritos cogiólo en sus brazos y lo levantó.

—Qué esperáis? Cogedlo,—dijo; é inmediatamente vióse el herido rodeado de diez hombres que, en su mayor número, nada habían de hacer.

Apenas fué levantado Valentchuk, cuando comenzó á chillar desaforadamente, pretendiendo soltarse.

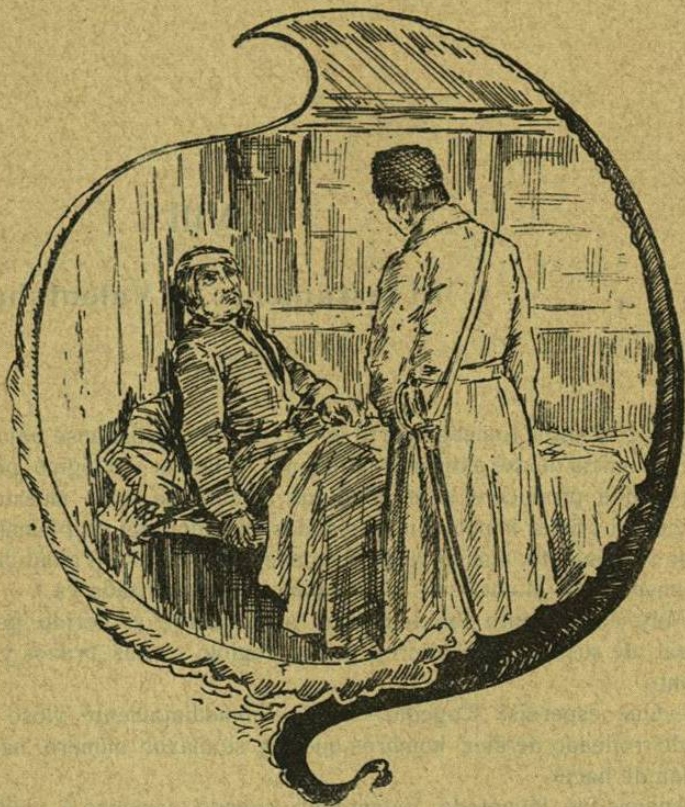
—Por qué chillas como una liebre?—le dijo brutalmente Antonov sujetándolo por una pierna.—Si no callas, te dejamos.

Calló el herido y solamente de vez en cuando dejaba escapar algún gemido: «Ay! hermanos, ha llegado mi hora!»

Cuando se halló instalado en el coche acabó su lamentarse y le oy pronunciar algunas palabras que dirigía á los compañeros, probablemente un «adiós!», en voz baja y entrecortada.

Durante el combate nadie debía ocuparse de los heridos, é instintivamente, al alejarme presuroso de ese espectáculo, ordené que se le transportara enseguida á la ambulancia, aproximándome otra vez al cañón. Pero al cabo de algunos minutos me dijeron que Valentchuk me llamaba y fuí á verle.

En el fondo del barracón, acostado, con las manos tendidas á



los lados, hallábase el enfermo. Su cara sana y larga habíase transformado en pocos minutos. Parecía más delgado y como si hubiera envejecido de muchos años. Sus labios estaban pálidos, agrietados y se contraían con esfuerzo visible. La expresión bonachona de su semblante trocóse en un momento en la de una serena calma, y en la frente y en el ojo ensangrentados parecía descubrirse la huella de la muerte.

A pesar de que el menor movimiento le causaba insoportables dolores, pidió que le quitase el *tcheresok* (1) que con el dinero llevaba en la pierna izquierda.

La vista de su pierna blanca y sana me produjo una impresión verdaderamente triste al soltarle la bota para coger el *tcheresok*.

—Hay tres piezas de oro y cincuenta *kopeks*,—dijo, mientras abría yo el bolsillo.—Vos los guardaréis.

Después de un corto silencio, continuó el enfermo:

—He hecho un capote para el teniente Sulimonski; me entregó dos piezas, compré dos rublos y medio de botones y hay cincuenta *kopeks* en el saco con ellos. Entregádselos.

—Bien, bien,—le dije.—Ahora á cuidarse y sanar pronto.

No me contestó; salió de la caseta y el herido reanudó sus gemidos y ayes con expresión de dolor tan intenso que llegaba al alma. Hubiérase dicho que después de arregladas las cosas de este mundo no hallaba motivos para contenerse y dejar de permitirse esa expansión.

—A dónde vas? Vuelve!... A dónde vas?—pregunté al recluta que, con la mecha de reserva debajo del brazo y la baqueta en la mano, se disponía á seguir hasta la ambulancia en donde estaba el herido.

Mas el recluta se limitó á mirarme con aire receloso, murmuró algunas palabras y continuó andando, teniendo que enviar á un soldado en su busca. Quitóse el gorro rojo que le cubría y sonriendo con cierta seriedad se quedó mirándome.

—A dónde ibas?—le pregunté.

—Allá!—contestó.

—A qué hacer?

—Cómo!... Han herido á Valentchuk,—dijo sonriendo de nuevo.

—Pero, eso no te importa, tú debes quedarte aquí.

Me miró extrañado, volvióse con lentitud, colocóse el gorro en la cabeza y se marchó á su puesto.

(1) *Tcheresok* diminutivo de *Kheress*, es una bolsita en forma de cintura que los soldados llevan generalmente debajo de la rodilla.—N. del A.

y de heridos, los cosacos, la artillería y la infantería, con fusiles y maderas á la espalda, todos cantando y en tropel pasaron por delante de nosotros. En el rostro de todos ellos se reflejaba el placer que les producía el sentimiento del peligro ya pasado y la esperanza de reposo. Nosotros, en unión del tercer batallón, éramos los únicos que debíamos guardar esa satisfacción para el día siguiente.

IX

La retirada

EL combate en general había sido satisfactorio; decíase que los cosacos habían hecho un brillante ataque. Tres tártaros quedaron prisioneros. La infantería había hecho grandes provisiones de leña, sin más bajas que seis hombres entre muertos y heridos. En las filas de artillería solamente faltaba un hombre, Valentchuk, y tres caballos. En cambio se había cortado leña en una extensión de tres *verstas*, de modo que el lugar ya no era fácil reconocerlo. En vez del compacto laberinto que formaba antes el bosque, abríase ahora una gran esplanada cubierta de humeantes hogueras y ocupada casi en su totalidad por la caballería y la infantería que avanzaban en dirección á la campiña. A pesar de que el enemigo no cesó de perseguirnos con su fuego de artillería y de fusiles hasta el riachuelo próximo, tocaron á retirada cerca del cementerio que ya habíamos atravesado por la mañana. Comenzaba yo á pensar ya en el *stehí* (1), la pierna de carnero y el pan tierno que me esperaban en el campo, cuando llegó la noticia de que el general ordenaba plantar las tiendas de campaña en la ribera del río y que permaneciese allí hasta el siguiente día el tercer batallón del regimiento de K... y una sección de la cuarta batería. Los carros cargados de maderas

(1) Una especie de sopa de col y carne.